

VARIACIÓN 7

SEIS APARICIONES DE BACH SOBRE UN PIANO DE COLA BIEN TEMPERADO

Vivimos tiempos apasionantes para los amantes de los matices, desesperantes para los esclavos de las certezas. **Dolors REIG.** Psicóloga social.

El tiempo es finito, pero la música es eterna. **Alba AMBRÒS.** Doctora en Pedagogía.

Auto-regularnos frente a una realidad compleja y hasta tóxica es uno de los indicadores del advenimiento de la madurez. Si la educación persigue esa conquista del yo sobre las tormentas de lo cotidiano no parece un atrevimiento pensar que una de sus misiones sea la auto-regulación del individuo – el *Homo sapiens* como antesala del *Homo autoregulariensis*. Vamos pues a especular acerca de los elementos constituyentes de la auto-regulación y sus interesantes derivadas educativas. Y para ello, una vez más, usaremos los pináculos del arte, la fotografía, la música y la ciencia de la simbología.

Hace muchos años, no recuerdo en qué circunstancias concretas, cayó ante mí una obra inexorablemente magnética de Salvador Dalí:

[Alucinación parcial. Seis apariciones de Lenin sobre un piano de cola \(1931\). Centro Georges Pompidou, París.](#)

Atrapado por el poder hipnótico de la tela, mi paladar estético quedó satisfecho sin haber profundizado en el misterioso simbolismo de esta temprana obra surrealista. Los difíciles equilibrios entre la perspectiva de la escena y una textura onírica engendrada en la etapa más atávica del pintor contribuyeron a aumentar mi interés por esta singular pintura, que pude por fin contemplar en directo en el museo Reina Sofía de Madrid en Agosto de 2013. Efectivamente parecía una escena sacada del fondo del mar, de una tesitura *freudiana*, como los nebulosos interiores de la Pedrera de Gaudí. Pero lo que definitivamente me enganchó fue su relato oculto, un mensaje profundo y oscuro que por aquel entonces no fui capaz de inventar. No podía imaginar lo que ahora sospecho acerca de esta maravilla de la semiología.

Me asusta la clarividencia con la que hoy, mientras el verano del 2013 impone su ley, decodifico a mi antojo los versos que el ampurdanés pintó hace ochenta y dos años. Pero, ¿no es acaso la libre interpretación del espectador una de las mayores conquistas del arte? El propio Dalí era reacio a dar explicaciones de sus alucinaciones paridas mediante el método paranoico-crítico, frecuentemente porque ni siquiera él era capaz de encontrar un razonamiento convincente. Permítame entonces leer esta tela a mi antojo. Prohibido prohibir, en particular en lo referente a la interpretación simbólica de los artefactos artísticos, aunque cuidado con banalizar la cultura por mor de masificarla - el Humanismo no puede ser superficial.

Lo primero que me llama la atención es el personaje que aparece sentado a la izquierda. Parece un vigilante, un centinela encargado de proteger la fuente, su fuente. Se le intuye sereno, calmado, firme y aposentado, equilibrado y seguro de sí mismo a la par que erguido y atento a todo lo que le rodea. Es un hombre con capa, brazaletes y sin rostro, de semblante escabullido, que parece perfectamente auto-regulado. Creo que este misterioso centinela nos está diciendo algo así como: "Lo que ves es lo que no ves", una frase que describe inequívocamente el arte de la codificación iconográfica desde las cuevas de Altamira hasta el expresionismo abstracto.

Lo que ves es lo que no ves.

Lo que vemos en este cuadro parece bastante claro: una habitación entreabierta, con vistas a un escarpado peñasco que anticipa el abrupto perfil del Cabo de Creus. Un piano de cola con la tapa levantada, una partitura por la que pululan algo más de una docena de hormigas y seis apariciones fosforescentes de Lenin en el teclado. A la izquierda, un hombre sin rostro aposentado en una mesa, sujetando una silla repleta de cerezas. Pero, ¿qué es lo que no vemos? ¿Qué representan esos elementos? ¿Cuál es su significado? ¿Qué mensaje se nos esconde? Una de las conquistas de esta pintura es que admite múltiples interpretaciones, como la poesía pura. He ahí la receta de su esplendor: es lo suficientemente enigmática, cuando no hermética, para permitir un discurso libre por parte del espectador, pero al mismo tiempo contiene mensajes explícitos. Juguemos a ese juego tan necesario en los hogares y en las escuelas. Juguemos a imaginar una interpretación libre y preconcebida. Juguemos a relacionar esta obra con la auto-regulación derivada de la buena educación. Con el permiso de Dalí...

Durante la preparación de este capítulo leí montones de artículos académicos relacionados con el tema que nos ocupa. Sintiéndome incómodo con la mayoría de ellos seguí el dictado de mi propia experiencia personal y llegué a la conclusión que la auto-regulación es dual por naturaleza. Efectivamente, se trata de una expresión del carácter que, en mi opinión, se articula bajo el paraguas de dos paradigmas complementarios:

- El lado oscuro se estructura en base a la superación de los miedos, la resiliencia y la disciplina.
- La cara luminosa está conformada por las pasiones, los valores y el pensamiento sano.

Recojo aquí la idea de la Dra. Alba Ambròs, quien en una conversación preparatoria visualizó las dos caras de la auto-regulación como el **Yin** y el **Yang**:

- Yin
 - Superación de los miedos
 - Resiliencia
 - Disciplina
- Yang
 - Pasiones
 - Valores
 - Pensamiento sano

La metáfora se nos antoja perfecta pues describe dos aspectos antagónicos que se complementan, conformando un conjunto como dos caras de la misma moneda.

Lo que detallo a continuación tiene dos posibles explicaciones. O bien Dalí pensó en la auto-regulación cuando pintó este cuadro, cosa altamente improbable, o bien se trata de una feliz casualidad. En realidad, apuesto por una tercera vía: en esencia, todo está conectado, y la creatividad es la herramienta que nos permite tejer una red que relaciona las ideas preconcebidas con determinados elementos de la realidad. Artistas, humanistas y pensadores visualizan esas relaciones no explícitas y las muestran a los demás. En este cuadro de Dalí todo parece perfecto para reflexionar sobre la auto-regulación. Diríase, como veremos a

continuación, que todo encaja de una manera inexorable, casi siniestra. Pero ese es el goce del buen arte: las ideas llevan a la materialización de la obra mediante la técnica. La impostura creativa, como denuncia Mario Vargas Llosa en “La civilización del espectáculo”, consiste en anteponer la técnica, el entretenimiento o el escarnio a las ideas. Los grandes artistas y pensadores siempre han partido del marco conceptual en el viaje hacia la materialización de sus obras, es decir, han puesto la técnica al servicio de la idea y se han liberado de la tiranía del “cómo”. Lo contrario es la impostura intelectual y cultural.

Puestos a volar, me he permitido la libertad de ofrecer al lector seis maridajes. Pretendo ilustrar los seis elementos de la auto-regulación vinculados a las seis partes características que aparecen en el cuadro. En un ensayo que pretende ser un modesto homenaje al gran Johann Sebastian Bach y en una variación donde el piano tiene un protagonismo destacado sería imperdonable no mencionar algunas de las obras de quien elevó el instrumento de teclado hasta los mismos cielos. He maridado esos seis grandes monumentos de Bach con otras tantas obras del fotógrafo francés Thomas Devaux (<http://www.thomasdevaux.com/>), artista que utiliza modelos reales para, mediante una singular técnica de deconstrucción visual, reflejar el desgaste de los valores humanos y culturales en esta efímera civilización del espectáculo que anticipa un Vargas Llosa. Entremos en materia y veamos lo que no se ve, con permiso de Dalí.

Yin. Vencer los propios miedos. Hormigas en la partitura.
--

Maridaje:

J. S. Bach. *Das Wohltemperierte Klavier 1&2*, BWV 846-893, Libro 1, Preludio Nº 2 en C menor (BWV 847). Gustav Leonhardt, Clavicémbalo (1967, 1972, 1973), Deutsche Harmonia Mundi, 1989.

Thomas Devaux. *Contre Elles* (2011).

A la derecha del cuadro, en la zona del Yin, vemos una partitura invadida por unas cuantas hormigas negras. Estos insectos sociales aparecen en multitud de telas de Dalí como portadores de todas sus fobias. Las hormigas revelan un mensaje inequívoco: debemos enfrentarnos a nuestros miedos si queremos tocar la partitura de nuestra propia vida.

La vinculación histórica de Occidente para con la tradición judeo-cristiana, que en determinados ámbitos ha supuesto un singular progreso de la civilización, se ha manifestado aciaga al instaurar una abominable cultura de la estigmatización del fracaso. La magnífica

película “The Wall”, de Pink Floyd, muestra de una manera descarnada esa realidad. Europa, modélica por lo que respecta al florecimiento de la ciencia, el pensamiento y la cultura, ha perpetuado el hábito de la “crucifixión” de todo aquel que se ha equivocado y ha cometido errores. Los pecados debían ser expiados y las faltas redimidas. Punto final. Amén. Siempre que detectamos un error nos empeñamos en buscar al culpable, pero solemos desaprovechar la oportunidad de generar una dinámica de aprendizaje constructivo y desarrollo personal y profesional. Carecemos de una potente pedagogía del error. Y sobresalimos en el arte de castigar y señalar con el dedo. Todo ello ha eternizado los miedos.

Miedo al infierno. Miedo a no ser digno. Miedo al Altísimo. Miedo a morir. Miedo a no estar a la altura. Miedo a no cumplir las expectativas. Miedo al fracaso. Miedo a la diferencia. Miedo a ser aplastados. Miedo a coger el camino equivocado. Miedo a la frustración. Miedo al examen, a la prueba, al momento. Miedo al futuro. Miedo a hablar en público. Miedo a preguntar. Miedo a pasar por tonto. Miedo al prójimo. Miedo a no ser el primero. Miedo a no ser aceptado. Miedo a no ser perfecto. Miedo a proponer. Miedo a ser proactivo. Miedo a soñar. Miedo a liderar, a innovar. Miedo a estar solo. Miedo a estar en silencio.

Miedo, en definitiva, a nuestros propios miedos.

El miedo es un inhibidor que paraliza. Es la peor medicina para las criaturas, pues con frecuencia se enquistas y sus efectos nos traumatizan durante la etapa adulta. Como educadores, debemos generar un ambiente responsable pero libre de miedos:

- Premie las preguntas. Busque actividades que obliguen a sus alumnos a preguntar. Promueva los debates en base a preguntas y el análisis transversal de la actualidad. Prescriba “deberes de pregunta” y no solo “deberes de respuesta”.
- Desdramatice los exámenes y aléjelos de esa aureola punitiva que tanto nos ha lastrado, pero deje claro a sus estudiantes que en esta vida hay que demostrar lo que uno supuestamente sabe y que las pruebas son inevitables y necesarias, aunque sean menos memorísticas que antaño.
- Permita que sus alumnos salgan a hablar en público con frecuencia, como mínimo una vez por semana.

Yin. Resiliencia. Tapa del piano.

Maridaje:

J. S. Bach. *Tocatta und Fuge* en Dm, BWV 565. Ton Koopman, Órgano Schnitger, Teldec, 1998.

Thomas Devaux. *Pietà 1, Pietà 2, Pietà 3* (2011).

Sigamos transcribiendo el cuadro que nos ocupa. No hay duda que el colosal piano impone su ley, llenando desmedidamente la estancia hasta el punto que el hombre parece inclinarse ligeramente hacia atrás ante tanta rotundidad. En este particular aquelarre, el instrumento ofrece en sacrificio las seis aureolas de Lenin servidas sobre la bandeja del teclado, cuyo resplandor parece mover el aire bajo la improvisada capa del sujeto. A su vez, el hombre ofrece las cerezas a la otra parte. La enorme superficie de la tapa abierta resulta especialmente intimidatoria. Parece la boca de un gran caimán. ¿Se imaginan la caída descontrolada de esa gran plancha de madera? Parece como si Dalí hubiera querido pintar el fenomenal estruendo de un hipotético gran batacazo. Suerte del soporte, que se antoja enclenque ante la pesada oscuridad de las fauces de la cubierta. Uno de los elementos clave de la auto-regulación, seguramente sobre el que más se ha escrito últimamente, es la resiliencia.

Existen miles de definiciones sobre la resiliencia. Básicamente, es la capacidad del individuo o del grupo para seguir creyendo en el futuro a pesar de acontecimientos traumáticos y desestabilizadores o de condiciones de vida difíciles. Sobreponerse e incluso salir fortalecido ante las adversidades cual Ave Fénix es la marca de agua de la resiliencia. Las personas altamente resilientes diríase que tienen más entereza y aguantan mejor el peso cuando “la inmensidad del cielo cae sobre sus cabezas”. Luchar y empujar contracorriente es comportarse de manera resiliente. Hay personas que dan lo mejor de sí mismas bajo presión, como el soporte que aguanta la enorme tapa del piano, mientras que otras se arrugan a las primeras de cambio. Las primeras tienen altas dosis de resiliencia. Hay que ser como el soporte de la tapa de piano, no nos queda otra. Sabemos que los palos de la vida llegarán tarde o temprano. En la medida de lo posible, prevengamos a los pequeños y hagámosles conscientes de ello. Ya vimos en un capítulo anterior que fomentar la mentalidad de crecimiento frente a los marcos mentales fijos es fundamental. La actitud de progreso en todos los ámbitos es el mejor abono para la resiliencia. Las creencias preconcebidas y las profecías de auto-cumplimiento se comportan como perfectos sabotadores o, por el contrario, como pócimas alquímicas. Querer es poder y nada es imposible. Un adecuado nivel de autoestima, fortalecido con el amor incondicional hacia las criaturas (no nos referimos aquí a la burda complacencia hacia todo lo que se les antoje, uno de los mayores males en muchos hogares), nos vacuna contra la enfermedad de la flojera de temperamento.

Mucho se ha escrito también sobre el aprendizaje durante toda la vida (*lifelong learning*). Parece el Santo Grial de la educación. Estoy de acuerdo en que la permanente curiosidad por el conocimiento y el aprendizaje es la impronta de una buena educación y conforma a ciudadanos libres y críticos. La resiliencia también bebe de esas fuentes, pues si creemos que podemos aprender y sacar lecciones de las situaciones adversas redoblabremos nuestra capacidad resiliente.

Por otro lado, vivimos en una sociedad cada vez más desigual. Eso es tan real como dramático. En el mal llamado primer mundo se observa una vertiginosa disminución de las clases medias. En mi opinión no podemos atribuirlo tan solo a circunstancias de una crisis macroeconómica, que aunque angustiada siempre acaba capeando. Detecto una gran crisis de valores, tanto personales como económicos. De lo primero hablaré más adelante, cuando llegemos al Yang. Respecto a lo segundo, parece que nos hallamos ante una encrucijada como especie - el consumidor es ahora mucho más exigente, sofisticado y cambiante en sus gustos, en parte debido a la globalización derivada de Internet y también por las crecientes desigualdades socioeconómicas. Parece imperativo, pues, redefinir el valor añadido que prestan las organizaciones en el mercado. Intentamos aplicar recetas del pasado a una nueva realidad – pasa lo mismo con la educación: usamos pizarras digitales para proyectar imágenes. El cambio didáctico manifestado en un nuevo valor pedagógico dista de haberse engendrado, ni mucho menos generalizado. También es perentorio acabar con la dedocracia. Hasta que no pongamos a los mejores en los lugares importantes de la sociedad, seguiremos editando libros de autoayuda. Es por ello que la resiliencia cobra especial importancia. En situaciones personales difíciles, y sé de lo que estoy hablando, uno necesita una luz al final del túnel para tirar adelante. En las sociedades occidentales lo llamamos “progreso” o “ascensor social”. Si la resiliencia es el acto de mirar el futuro con esperanza, debemos activar mecanismos para que el talento y los méritos fluyan hacia arriba. Ese ascensor se ha ido estrechando por mor de las crisis y la banalización de la cultura que ha derivado en muchos casos en entretenimiento barato. Sin un sistema complementario y, a la larga, sustitutivo al conformado por los codos del poder y la aristocracia, no se ven las luces al final del túnel. Nos conviene a todos que sigan existiendo ascensores para quienes estén dispuestos a cogerlos. La formación de personas cultas se antoja imprescindible en estos momentos de incertidumbre evolutiva:

- Traiga a su aula a personas que hayan superado una tragedia y que expliquen su historia a los alumnos. De la misma forma, lleve a sus estudiantes a centros donde

haya personas sobreponiéndose a complicaciones. Salga de la escuela a buscar la cruda realidad.

- Ponga a prueba la resiliencia de sus alumnos pues, al igual que un músculo, se atrofia ante la falta de ejercicio. Prepare exámenes sorpresa y sitúeles en ese punto de presión controlada. Rételes mediante proyectos complejos e introduzca la premura del factor tiempo para darles un acicate adicional. Se dice que Bach ponía a prueba la potencia y amplitud sónica de los órganos que usaba por primera vez tocando la conocidísima Tocata y Fuga BWV 565 propuesta en el maridaje de esta sección (añado que la autoría de esta obra está en permanente discusión entre los especialistas).

Yin. Disciplina. Seis estelas de Lenin sobre el teclado.

Maridaje:

J. S. Bach. *Variaciones Goldberg*, BWV 988. Variación 25. Glenn Gould, Piano, Columbia/Sony, 1955.

Thomas Devaux. *Les Visages et le Main* (2011).

Dalí representó a Lenin en un momento en el que el colectivo surrealista estaba muy próximo a los dirigentes del Partido Comunista. Pero esas cabezas radiactivas sobre el piano representan también la percepción del carácter autoritario y déspota del padre de pintor. Lenin mitad revolucionario mitad dictador, como el progenitor del ampurdanés. Parece que Dalí no pretendía hacer alusión musical alguna, pues un piano de cola tiene 7 octavas y no 6. Cabe decir que el piano representa para Dalí la expresión del pudor ante los delirios sexuales, pues siendo él un niño su padre, que era notario, usaba el piano como mesa de exposiciones para mostrar a sus invitados algunos libros sobre los efectos de diversas enfermedades venéreas.

Las seis apariciones de Lenin sobre el teclado son, a mi entender, expresión de un cúmulo de características las cuales manifiestan nuestro “yo” más autoritario, antojándose imprescindibles en un contexto sano y equilibrado: la paciencia, la disciplina, la capacidad de sufrimiento y el esfuerzo. Sin estos elementos estamos perdidos. Sin ellos, no somos más que una mota de polvo que viaja por el espacio. Efectivamente, el piano es uno de los instrumentos más difíciles de dominar, precisando de miles y miles de horas de práctica para una ejecución correcta. Sobresalir con maestría requiere paciencia y disciplina. Las estelas de Lenin sobre el

teclado parecen indicar esa necesidad de auto-sometimiento para alcanzar la auto-regulación. Disciplinarse a uno mismo para liberarse. No repetiré aquí todo lo que se ha comentado sobre la cultura del esfuerzo, la necesidad de saber esperar y tener paciencia, la disciplina y la capacidad de sufrimiento, todas ellas características imprescindibles de una personalidad saludable. Baste decir que por mucho que nos llenemos la boca con estos conceptos, mi percepción es que la mayoría de los mensajes que esta sociedad y sus poderosos amplificadores hacen llegar a nuestras criaturas van en la dirección contraria. El triunfo de lo fácil, la banalización del trabajo duro, la conquista de la fama rápida (y efímera), la fórmula mágica para todo, el asedio de la inmediatez y la proliferación de libros y conferenciantes, guardianes todos de la receta del éxito instantáneo, todo ello nos lleva al País de la NADA:

- Proponga a sus alumnos retos difíciles de conseguir. Por el bien de los estudiantes, no se conforme con menos.
- Alargue la duración de sus sesiones didácticas con el doble objetivo de renovar su metodología docente y de introducir pautas en las que el alumno necesite una dosis adicional de paciencia.
- Dé la importancia adecuada al cálculo y la disciplina mental. Ejercite a sus alumnos en el ajedrez, los juegos matemáticos, las construcciones de Lego, los crucigramas y otros retos mentales que requieran mucho esfuerzo mental y grandes dosis de paciencia.
- Arrégleselas para que lean cada día un buen rato. Un día sin leer es como un día sin comer.
- Obligue a sus alumnos a ejercitar la memoria, no desde un enfoque antediluviano sino desde la perspectiva de la realidad del siglo XXI. El simple hecho de memorizar estructura nuestro cerebro tanto o más que otras actividades, creando nuevas conexiones neuronales permanentes. Ahora bien, el hecho de tener toda la información en el bolsillo (y pronto en gafas o en chips implantados en nuestro cuerpo) hace que memorizar carezca del sentido que tuvo hace décadas, cuando suponía la base de la aprehensión. Pero dejar de ejercitar esta destreza puede tener importantes y nefastas consecuencias sobre la comprensión esencial.

Maridaje:

J. S. Bach. *Brandenburgisches Konzert N°5*, BWV 1050. Allegro. Freiburger Barockorchester, EuroArts, 2006.

Thomas Devaux. *La Robe Rouge 1, La Robe Rouge 2* (2010).

Si las hormigas representan los miedos que nos atenazan, las cerezas simbolizan las pasiones que nos producen placer. Resulta curioso observar en el cuadro el paralelismo existente entre el manojo de cerezas y el puñado de hormigas. Dalí concede gran importancia a estas deliciosas frutas que aparecen encima de la silla, pintadas en la madera y en el brazalete del hombre sin rostro.

La auto-regulación se nutre especialmente de la fruta de la pasión. Disfrutar con lo que nos gusta y se nos da bien es una fenomenal válvula de escape para sobrellevar las circunstancias. Las pasiones, como un buen libro, nos trasladan a otra dimensión, a una realidad más voluptuosa y estimulante. Cuando hacemos lo que nos apasiona, el tiempo corre a nuestro favor. Ya sea viajando, leyendo, cocinando, escribiendo, haciendo deporte, explotando cualquier afición o todo a la vez, encontrar nuestra verdadera pasión resulta fundamental. Es imposible estar bien auto-regulado si no hemos hallado aún nuestra fuente de inspiración. A mi entender, las pasiones completan el estado de madurez personal. No es casualidad que se use la metáfora de las “cerezas del pastel” para referirse a un elemento concreto que apuntilla una acción o un proceso. Las cerezas ultiman la madurez, y es por eso que en ocasiones descubramos nuestras auténticas pasiones ya en la etapa adulta. Siguiendo una de las frases del inicio del capítulo, el tiempo es finito y necesitamos dedicarlo a aquello que nos apasiona. En la medida de lo posible, debemos incrementar el tiempo que dedicamos a aquello que nos hace sentir realmente bien. Parece una obviedad pero es necesario hacerlo – nuestra salud física y mental nos va en ello. Debemos compensar esta realidad compleja y tóxica con llamaradas de hedonismo. Las cerezas como fuente principal de autoestima, como círculo virtuoso que equilibra el golpe de la tapa del piano, las hormigas en la partitura y las estelas del teclado.

Las cerezas de Dalí son de un rojo intenso, casi sangriento. El pintor parece decirnos que debemos situar las pasiones en el centro de nuestra existencia, corriendo por nuestras venas. De ahí también la presencia del brazalete en el brazo derecho del hombre. No es casualidad

que los protagonistas del maridaje de esta sección sean el color rojo pasión y el famoso Allegro del quinto Concierto de Brandenburgo de Bach (BWV 1050), el cual sitúa al teclado por primera vez en la historia de la música en el centro de todas las miradas. Parece ser que este concierto fue compuesto alrededor de 1719 para probar un nuevo clavicémbalo que Bach compró en Berlín al lutier Michael Mietke. También es probable que el mismo compositor, famoso por su virtuosismo al teclado, fuera el intérprete en el estreno en la Corte de Köthen. En todo caso, nos hallamos ante el primer concierto en el que un instrumento de teclado sobrepasa su papel de acompañamiento y realiza una “cadenza” virtuosa sin los otros instrumentos (Bach anotó “Cembalo solo senza stromenti”). El primer solo de teclado de la historia nos permite ilustrar que aunque muchas de las pasiones las podamos disfrutar de manera compartida, debemos acostumbrarnos a hacer algunas cosas en la intimidad. El nivel actual de socialización quizá haya mermado la capacidad de estar con uno mismo de una manera pausada y serena. Padecemos un déficit de momentos introspectivos debido a las tremendas posibilidades de interconexión que nos brinda la tecnología. Pero las verdaderas pasiones, aquellas que nos hacen perder la noción del tiempo, se disfrutaban en la soledad de uno mismo. Hay que equilibrar los necesarios instantes compartidos con la imprescindible singularidad de interactuar con uno mismo por los mares de la pasión. Lo contrario nos llevará a una insípida superficialidad.

Yang. Valores. El hombre doblemente sentado.

Maridaje:

J. S. Bach. *Die Kunst der Fuge*, BWV 1080. Contrapunctus I. Glenn Gould, Piano, Columbia/Sony, 1962.

Thomas Devaux. *Fardeau* (2006).

Siempre me llamó la atención que el hombre sin rostro estuviera doblemente sentado: físicamente en la mesa y, metafóricamente, asiendo la silla. En ocasiones, por mucho que pensemos en maneras de sobrellevar lo que nos va aconteciendo, no nos queda más remedio que aferrarnos a los más básico y esencial. Si no podemos recurrir a unos principios constituyentes a los que agarrarnos o a unas convicciones profundas que nos sostengan, estamos perdidos. Equivocados o no, hay que tener valores. Equivocados o no, debemos estar doblemente sentados.

Desgraciadamente, el torbellino que nos intenta engullir al mínimo despiste nos recuerda la frase del genial Groucho:

“Estos son mis principios. Si no le gustan tengo otros.”

Sabemos que las criaturas aprenden en gran medida por imitación. Nos sorprendería saber todo lo que podemos conseguir dando ejemplo. Los principios morales se inoculan por imitación o no se inoculan. Los valores están conformados por diferentes aristas y se despliegan mediante diversas voces, como en un collage o una fuga. Mientras veo el calidoscopio de formas con el que Thomas Devaux rinde homenaje a la Virgen de las Rocas de Leonardo da Vinci y escucho el primer contrapunto del Arte de la Fuga magistralmente interpretado por Glenn Gould, pienso en la naturaleza pétreo de los valores y en su capacidad para anclarnos en momentos de zozobra, cual asideros emocionales o amarraderos del alma. Debido a su importancia en la educación, hablaré de los valores en el capítulo que cierra este ensayo. Pero pienso que las convicciones profundas son como ese director de orquesta que tenemos en nuestro interior y que hace que todo funcione y “suene” de la mejor manera posible, así como un río baja hacia el mar. Pienso en eso mientras escucho cantar a la extraordinaria Julia Hamari en el Aria “Können Tränen meiner Wangen” de la Pasión según San Mateo de Bach (BWV 244), en versión de Karl Richter y el Coro y Orquesta Müncherer Bach. Viendo como fluyen las cuerdas y la voz por mor del arrullo de la batuta de Richter, uno entiende la importancia de lo que no se ve ni se oye en el resultado de lo que acaba aconteciendo. Viendo las manos y el semblante de Karl Richter uno entiende la naturaleza de los valores y la transcendencia de las convicciones. Permanencia y perpetuación por imitación.

Yang. Pensamiento sano. El hombre sin rostro.

Maridaje:

J. S. Bach. *Suites francesas*, BWV 812-817. Nº 2 BWV 813, Alemanda. Maria João Pires, Piano, Deutsche Grammophon, 1995.

Thomas Devaux. *Les Bras* (2011).

Uno de los últimos misterios del cuadro que nos ocupa es el anónimo semblante del hombre albino. Dalí apenas esbozó un perfil que se refleja sorprendentemente en la silueta de las rocas escarpadas adivinadas tras la angulosa puerta entreabierta. ¿Mero juego de espejos? ¿La puerta como tabique separador de los dos contornos? ¿El empinado perfil del pórtico como

contrapunto a la tapa del piano? Demasiadas preguntas sin respuesta. Ahí va otra: ¿Sabemos pensar sano en el modo consciente? Alguno de ustedes se sorprenderá de tan banal interpelación. Pero no es nada trivial. Muy al contrario, he aquí una gran idea práctica para vivir de una manera más saludable que me hubiera encantado aprender o practicar siendo un niño. Otro gallo me hubiera cantado. Pensar sano es pensar bien. Habitualmente, nuestro intelecto se encuentra en modo inconsciente. No tengo pruebas de ello y desconozco el estado actual de las investigaciones científicas al respecto, pero ya dije una vez que sospecho que la evolución ha promovido la preponderancia de la dimensión mental inconsciente. Intuyo que el consumo de agua, neurotransmisores, azúcares y oxígeno por parte del cerebro es mayor cuando la mente está en el plano consciente. No en vano, la consciencia parece una característica cuasi-exclusiva de los seres humanos. Si eso es así y nos ha ido evolutivamente mejor pasando la mayor parte del tiempo en modo mental automático, ya va siendo hora de cambiar este mecanismo o como mínimo de introducir variaciones. En las circunstancias personales y profesionales actuales el pensamiento inconsciente se antoja cuanto menos poco saludable. Es difícil de explicar pero pienso que muchas personas, incluso aquellas optimistas por naturaleza como yo, creamos de manera inconsciente una realidad paralela que nos hace las cosas más difíciles. Por así decirlo, aparece nuestra faceta más trágica y nos autoconvencemos de que las cosas acabarán peor de lo razonablemente esperado. Vivimos con sufrimiento las pequeñas y las grandes cosas, no siempre faltos de fundamento, pero incluso en esos casos tendemos a magnificar los efectos oscuros del Yin. Es como si al dejarnos llevar se cumpliera a la perfección el principio sagrado de la Termodinámica que asegura que la entropía tiende a aumentar en un sistema cerrado. El desorden mental a sus anchas, exacerbado en el plano inconsciente. También me he dado cuenta que el sufrimiento inconsciente se acrecienta cuando pasamos al modo consciente. Es entonces cuando palpamos su sabor. Pero también he percibido que desde el modo consciente es posible darle la vuelta a la tortilla. En mi caso, entrar en modo consciente para desdramatizar o aplicar un análisis racional de las circunstancias me ha ayudado a “poner las cosas en su sitio” y a “ordenar los muebles mentales”. Esto es lo que llamo pensar bien, pensar sano.

Así, pasando del plano inconsciente al consciente podemos obligarnos a racionalizar y desbrozar las tinieblas emocionales que nos lastran. Podemos quitar hierro y analizar las diferentes variables para crear una nueva realidad mental diferente a la anterior. En definitiva, si las creencias preconcebidas llevan a pensamientos inconscientes que condicionan nuestro comportamiento, las dos maneras de romper este círculo vicioso son cambiar las creencias que

nos subyugan y entrar en modo consciente para revisar lo que el pensamiento inconsciente está generando de manera continua. La dificultad radica en que no estamos acostumbrados ni nos han enseñado a situarnos en ese nivel de autoconsciencia. Naturalmente, el aprendizaje consiste en la práctica controlada y guiada de la meditación, muy útil también para otras características del funcionamiento mental como la capacidad de concentración o el enfoque. Desgraciadamente la meditación se percibe hoy en día como una actividad *semi-friki*, practicada exclusivamente en centros privados por admiradores del orientalismo, pero su implementación en los centros escolares y en los hogares debiera realizarse cuanto antes.

Pensar sano es no abrumarse y estar calmado, embriagado por la misma sensación que se percibe al escuchar la Alemanda de las suites francesas de Bach o al contemplar *Les Bras*, de Thomas Devaux.

La música, especialmente la de Bach, es eterna. En el primer maridaje pudimos degustar “El Clave bien temperado”, BWV 846-893. Se trata de una composición “para la práctica y el provecho de los jóvenes músicos deseosos de aprender y para el entretenimiento de aquellos que ya conocen este arte”, según las propias palabras de Bach en la carátula del manuscrito original. En realidad, Bach ideó estos dos ciclos de preludios y fugas en todas las tonalidades mayores y menores de la gama cromática buscando un temperamento concreto en la afinación del teclado. Parece que Bach ajustaba personalmente sus instrumentos, pues en aquella época aún no existía la afinación regular que conocemos actualmente, equivalente a 440 Hz para el “la” que está encima del “do” central. Esta obra es pues un intento monumental de establecer un sistema de afinación equilibrado y bien temperado en las diferentes escalas y modos. Se trata, pues, de uno de los elementos fundacionales de todo el arte europeo, y con razón Pau Casals dijo que esta obra componía los cimientos de la música occidental.

Bach perseguía la afinación mejor temperada. Devaux fotografiaba la corrosión de la realidad. También nosotros, como un teclado, debemos estar bien temperados para auto-regularnos y evitar el desgaste.

Mientras hay Bach hay esperanza.